

PLAZA DE SAN JUAN



*“No hay cosas tales como libros morales o inmorales.  
Los libros están o bien o mal escritos”*

OSCAR WILDE

# SUMARIO

- Victoriano Crémer. LEER ES NACER UN POCO CADA DÍA ..... 3
- Bernardo Cuesta Beltrán. VICTORIANO CRÉMER.  
POETA SIEMPRE VIVO ..... 4
- Alberto y Clara Herrero. SIN LA BENDICIÓN PAPAL ..... 9
- Félix J. Alonso Camarero. PROPÓSITO DE ENMIENDA ..... 13
- José M<sup>a</sup> Izarra. FERIA DEL LIBRO 2009 ..... 15
- Ignacio C. Soriano. LOS CAMPANILLEROS DE LA LIBERTAD ..... 21
- Carlos Bolinaga. EL PIE DE LA ESCALERA ..... 24
- Enrique Cuesta. LAS CHICAS DE LAS CANCIONES ..... 25
- Jorge Mingo. NOCIONES ..... 29
- Haidar Najem. MIS GRANDES PREGUNTAS  
Y CÓMO LAS RESUELVE LA FILOSOFÍA ..... 31
- Luis Carlos Blanco. ABSURDOS VITALES ..... 33
- Rocío de Juan. NIDO DE URRACA ..... 37
- Enrique Angulo. ¿DÓNDE ESTÁ EL POEMA? ..... 39
- María Mazo. LA BACANAL ..... 39

Foto 1



Arrojo estas palabras últimas Foto 1  
al viento, al agua, a la ventura,  
seguro de que el tiempo mensajero Foto 2  
cuidará de que lleguen al destino Foto 3  
previsto por los dioses. Foto 4

Foto 2



Nunca mueren Foto 5  
los signos de la sangre, ni se borran  
las huellas que el amor imprime. Forman Foto 6  
la sustancia, la médula  
donde el dolor y las esperanzas encuentran Foto 7  
alojamiento y tierra.

Foto 3



Por muy torpe Foto 8  
que se tu gemido y por muy leve  
que resulte la huella de tu llanto, Foto 9  
dejarán la señal sobre los mármoles Foto 10  
y el eco de la voz en las conciencias.  
Nacerán nuevos soles y los montes Foto 11  
defenderán las cumbres donde mueren Foto 12  
los días jueves, Foto 13  
pero estas palabras últimas Foto 14  
que del corazón arranco Foto 15  
tendrán sentido

Foto 4



hasta el fin de los mundos, Foto 7  
porque nada muere Foto 16  
cuando el amor las sueña.

Foto 5



Foto 6



Foto 7



Foto 8



Foto 9



Foto 10



Foto 11



Foto 12



Foto 13



Foto 14



Foto 15

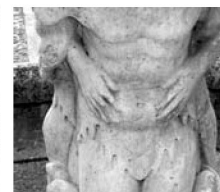


Foto 16



TÍTULO Y AUTOR DE LA ILUSTRACIÓN DE LA  
PORTADA: "El joven intelectual" 1937, de MARCELO  
POGOLOTTI.

FOTOGRAFÍAS: ELSA ARROYO. "Recordando a  
Victoriano Crémer. Poeta de la emoción y el  
sentimiento". La idea de acompañar con imágenes la  
poesía de Victoriano Crémer ha inspirado la serie de  
fotografías que ilustran las páginas de este número de  
PLAZA DE SAN JUAN. Llámese homenaje o recuerdo  
a Victoriano Crémer, con ello hemos intentado acercar  
dos lenguajes gráficos: la palabra, en la inmensidad de  
un verso, de un poema, y la fotografía, imagen de un  
instante único e irrepetible. Ardua tarea de selección  
ante la inmensidad y cercanía de la poesía de una vida  
construida con valentía, en la lucha, en la emoción y el  
sentimiento. Blanco y negro, luces y sombras, la muerte  
siempre presente; y un único deseo de captar la dureza  
del alma inquieta que goza de la luz de la esperanza.

Compartimos el gozo sin recelos de Victoriano Crémer  
porque...

"Ahora que vuelvo el corazón  
hacia los campos del recuerdo, siento  
que mereció la pena haber vivido  
tanto amor entre escombros  
tanto esplendor entre las sombras".



La revista PLAZA DE SAN JUAN ha tenido siempre el honor y el orgullo de haber contado con la incondicional y generosa colaboración de nuestro paisano Victoriano Crémer, con el que hemos compartido la aventura de publicar PLAZA DE SAN JUAN desde el número 0. Creemos que con buen criterio, en mayo de 2007 publicamos un número especial titulado "Homenaje a Victoriano Crémer", con una portada de Ignacio del Río en el que las mejores plumas de la literatura burgalesa analizaron su vida y su obra. Por ello, en esta ocasión sólo queremos testimoniar nuestro afecto y admiración por nuestro entrañable y admirado escritor.

LEER ES NACER UN POCO CADA DIA

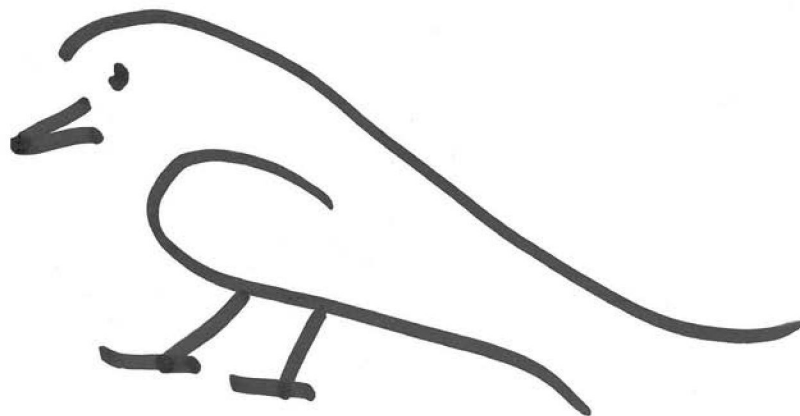
S A L M O I

Como el que nace de la nada,  
aire puro, amor de agua,  
sostengo el corazón. Se precipita  
hacia el oscuro borde del final.

Si se rompiera en la caída  
quedaría hueco, sin sonido,  
Así la flauta rota del pastor.

Amo y canto y blasfemo por saberme  
cierto, para nacer de nuevo  
un poco cada día.

*Victoriano Crémer*



VICTORIANO CRÉMER,  
POETA SIEMPRE VIVO

BURGOS, | BERNARDO  
AGOSTO DE 2009 | CUESTA BELTRÁN

■ Con todo amor, desvirtuado por natural desasosiego (me pilló a pie cambiado, y sería largo de explicar), escribo estas líneas sobre el gran poeta que fue y sigue siendo, hasta la noche de los tiempos, Victoriano Crémer.

Quisiera, previamente, dar todas las gracias que merece la revista "Plaza de San Juan" (o donde esté ubicada, dada su itinerancia última) por pedirme el favor, que no es tal, sino honor inmerecido, por supuesto, de escribir unas palabras alusivas a Victoriano, a modo de semblanza o algo parecido.

Ciertamente el poeta ha fallecido recientemente, pero siempre estará vivo en nuestra memoria testimonial, considerando su gran valía y, por ser, entre otras muchas y muy buenas cosas, "casi" (precaución cautelar) el único poeta burgalés o leonés de proyección nacional e internacional, o, al menos, el más reconocido. Acaso el "casi" precautorio pudiera referirse a otro famoso burgalés, el Conde de Villamediana, de Villasandino, quevedesco personaje tan satiricón como arrebatadoramente amatorio él, y que, por habérselo ganado a pulso murió en la cárcel solo y abandonado, o tal vez asesinado, según otros.

No pretendo mostrar una exhibición de méritos académicos o no, que los tiene (ahora hablo de Victoriano), sino meros apuntes de unas reflexiones en parte conocidas y en parte personales, por mi relación personal –cuatro, cinco o seis veces, serían– intensamente cuando ello sucedió.

El hecho de tener toda mi vida un respeto reverencial a la intimidad de los personajes literarios que he conocido y, a quienes podría llamar amigos, me ha impedido tener el valor de robarles un poco de su precioso tiempo, por lo que nunca les escribí una carta (salvo excepcionalmente) ni hice una llamada telefónica. Sólo cuando el azar nos reunía en alguna ocasión.

Y eso me ocurrió con Victoriano, que tuvo a bien publicar una glosa a mi primer libro de poemas sin mediar palabra

Pero vayamos a los hechos. Estaba yo, casualmente, junto al Mar Cantábrico –rocas, pinos de Noja, aguas azules– un día de los últimos de junio de este año 2009, que pasará a la historia negra como el año de la crisis, cuando una voz femenina de inmaculada nitidez a pesar de las vibraciones interferentes del móvil, me dio la noticia del fallecimiento de Victoriano Crémer, poeta y soldado (sic).

Completamente descolocado apenas pude responder a sus preguntas. "Capitán de versos", creo que dije. Dislocación. Lo único en su sitio eran las olas del mar y una frase famosa de Juan Ramón: "el mar, el mar, el mar, y no pensar en nada". Tampoco los naufragos piensan en nada salvo que, por fortuna, aparezca la tabla salvadora en forma de un último recuerdo y, si ese recuerdo está vivo, existe, tú, naufrago, sigues todavía vivo con él. Me explico: La última vez que estuve conversando con Victoriano Crémer fue junto al mismo mar (Cantábrico), hace más de veinte años, donde el poeta, cariacontecido, trataba de curar las heridas de su reciente condición



de viudo. Un centenar de olas nos oyeron. Las otras comunicaciones siempre por intermediarios; intercambio de libros, artículos, poemas o textos, a través de su amigo Rafael Núñez (poeta inolvidable), Pablo Arribas (escritor polifacético), Ignacio del Río (el pintor que todos conocemos), Jorge Villalmanzo (poeta, escritor y doncel de Garcilaso), y algún otro...

Y pasando esta página azul de los recuerdos, vayamos a otros, que los recuerdos son lo único que nos queda después de toda una vida.

Damos por sentado que Crémer (no sé qué pensarán los jóvenes), además de ser un poeta fundamental en la España del siglo XX, fue y sigue siendo, por encima del hecho incontestable de su muerte, un auténtico icono de la literatura contemporánea burgalesa (y naturalmente leonesa, además de española). Todos los de mi cuerda –y ha llovido lo suyo– lo queríamos y admirábamos como si fuera un nuevo Cid (Dios mío, qué fijación tenemos) de las letras que pudiera venir a rescatar a Burgos del polvo y el olvido secular. No era para menos, cuando escribe, en un poema atornador lo siguiente: “¡Aquí (refiriéndose a Burgos) gloriosamente

Nos pudriremos todos...!!”

Y no pasaba nada, salvo tragar saliva de emoción o conmoción. Cualquier Ayuntamiento de provincias en aquel tiempo, lo menos que hubiera hecho era declararle “Persona non grata”. Pero se le quería mucho a Victoriano y todo el mundo miró para otro lado ante ofensa tan histórica, como dirían algunos. ¿Era Crémer un intocable para escribir aquello y no pasarle nada? Por menos, más de uno, aplicándole la legislación vigente, se hubiera enterado de lo que valía un peine. Y si Crémer podía escribir lo que pensaba ¿por qué nosotros no? Efectivamente, tampoco nos pasaba nada. Aprendimos el truco: Rafael Núñez, su gran amigo, atribuía a Crémer un sabio consejo que nos aplicamos, y era de que en España, en la dictadura, se podía escribir libremente de política, sin riesgo alguno, pero... en verso... porque, al parecer, el lenguaje metafórico era demasiado críptico para el cuerpo de censores. Tampoco me lo creo. No es tan tonta la gente como dicen.

Crémer, para nosotros (los de entonces), tenía un prestigio personal y literario superlativo. Era nada menos que poeta, anarquista y soldado del bando “rojo”. Magnetismo puro. Incluso sin haberlo leído o, muy fragmentariamente, lo que no extraña por ser idéntico a lo que hoy y

siempre ha sucedido con multitud de españoles respecto a Cervantes, que tampoco han leído “Don Quijote...”, pero hablan maravillas del libro y autor.

Indiscutiblemente, a pesar de que fuera perdedor de una guerra (que perdimos todos, los unos y los otros, por sentido común) paradójicamente era un triunfador victorioso merced a su pluma, en el campo de las letras, preferentemente de la poesía, no social, como tantos entendieron, sino algo más, un punto por encima, exactamente existencial; o sea, más allá todavía del hecho poético en sí, abarcando hasta lo metafísico por extensión, más propiamente metapoético, simultaneando literatura y humanismo indisolublemente unidos, en amalgama tensa, superando lo puramente artístico. Esto es, mostrar el alma a medida que se va escribiendo.

Para los aprendices de poeta de Burgos, Crémer era un ser mítico que reunía, pese a su llaneza, demasiadas facetas sobresalientes como –recordamos– la condición de soldado combatiente de aquella guerra, a la vez que poeta civil disidente del régimen político imperante, y que, paradójicamente, tuvo reconocimientos durante el mismo, citando, como más relevantes, el

Premio Nacional de Literatura, en su modalidad de Poesía, el Premio Ciudad de Barcelona de Poesía y, como quien dice hace unos días, el de Poesía Gil de Biedma, acreditadísimos todos.

El que fuera en otro tiempo soldado ocasional por necesidad, tras la todavía humeante hoguera de la contienda, donde se quemaron muchas esperanzas que acabaron en cenizas añadidas a la mayor pobreza de nuestro telúrico páramo lunar, de la noche a la mañana, como quien dice, cambió las herramientas de la lucha armada por una ¿pacífica? batalla de las letras, en pro de la belleza, de la justicia y de la verdad humana. Esta afición, ya anteriormente practicada, se le veía venir de lejos, pues de niño repartía periódicos y, de adolescente, en una imprenta, cuyos conocimientos le salvaron la vida siendo prisionero de guerra. Quiso, pues, el destino, que fueran las letras su ocupación primordial hasta el día último de su vida, porque Crémer tenía muy claro que habría de morir con las botas puestas y... con la pluma en ristre, luchó contra gigantes o molinos de viento. Como dijo el gran poeta que fue Manuel Machado (el bueno, según Juanjo Ruiz Rojo, a quien, desconcertado, nunca le discutiría nada, porque tuvo razón y corazón





toda su vida), al decir, sentenciosamente, la verdad más profunda que hayamos leído: "Para descansar, morir". Justamente como Victoriano.

Pero, retrocediendo en el tiempo, como en las películas, diremos que no emprendió solo su aventura de escribir y publicar. Se reunió con otros para la fundación de un baluarte cultural en forma de revista poética, denominada "ESPADAÑA" (las minúsculas son mías), allá por los años cuarenta y tantos-cincuenta, en compañía solidaria con otros poetas, con sede en la ciudad de León, como lo fueron el canónigo de Lama, Eugenio de Nora y el propio Crémer. Allí escribió lo más granado. El asturiano residente (desde niño) en León, Gamoneda, fue colaborador ocasional, me dicen.

Nótese que, en la fase de franquismo más plena, detestable por su censura radical, aparece desafiante una revista de poesía, "Espadaña", con fuerte aldabonazo, no sólo inconformista con la situación general del país (¿y quién no?), atribuyéndosele una supuesta militancia antifranquista y una presunta rivalidad con otra revista de poesía, "Escorial", tenida por adicta al régimen, tal vez administrativamente, pero no demostrable. Simplemente se trataba de otro modo de ver/escribir poesía. "Escorial" resultaría ser más artística, en el sentido garcilasista, y allí estaban poetas de primera magnitud como Luis Rosales, García Nieto, Dioniso Ridruejo, Leopoldo Panero, Valverde...

No creo para nada que hubiera confrontación política entre ambos grupos, pues pude verlos juntos y bien avenidos alguna vez. Operaban dentro de un sistema público establecido. ¿En qué puede desmerecer la colosal figura de Pepe Hierro, no sospechoso de adicto al poder, por jubilarse con derecho a pensión en Radio Nacional de España?

Crémer, el poeta, novelista, articulista (diariamente hasta su muerte, en León) y

escritor de cuerpo entero hasta el último momento de sus ciento dos años de existencia, fue un hombre de espíritu joven, con ínfulas de adolescente por su rapidez de reflejos, algunas veces, dada su carácter apasionado. De inteligencia clara, le pudo siempre el corazón, que para eso lo tenía, de ahí su afición a las causas nobles y honradas, capaz de dar la cara en las situaciones más comprometidas, como lo prueban su biografía combativa, su modesto oficio de impresor vocacional, su capitania de aquel ciclón de revista poética "Espadaña" (estandarte monumental y eclesial con las mismas letras de España), y su épica forma de escribir poemas siempre a punto de ebullición.

La revista "Espadaña" fue un hito poético memorable con un tema de fondo esencial: el patriotismo, el amor por España invocando su nombre a cada instante, como una obsesión. *¿Puede ser esto entendido por la progresía de hoy?* Nos tememos que no, al menos con el apasionamiento de aquellos poetas formidables (Blas de Otero, Gabriel Celaya, Panero...) que, sin militarismo alguno, sentían a España como algo esencial en sus vidas, tal vez por el miedo a perderla y, por ello, estremecidos mediante la sacralización de un civismo patriótico ejemplar. Como se lamentaba Eugenio de Nora. ¡España! ¡España! ¡España!

Dos mil años de historia

No acabaron de hacerte..."

Quede claro, como la luz, que la experiencia de la guerra civil y el oscuro futuro porvenir les hizo aferrarse al clavo ardiendo que unía a ambos bandos, porque "allí" se ventiló nada más y nada menos que el ser o no ser de España, sentimiento profundo que compartían todos los poetas de su generación, y también la nuestra, alienada, como todo el país, por la creencia, no en alguna de las dos Españas de ayer, de tan ingrato recuerdo, sino en otra menos problemática donde quepamos todos.

Así pensaba Crémer, apasionadamente español, con sus versos de piedra, su furia prometeica, su río de palabras buscando la esperanza a toda costa, su amor de pan y vino compartido por hombres y mujeres de su tierra planetaria, y un corazón tan grande como una casa grande donde cupieran todos; su obsesión por la historia de su pueblo... para que no volviera a repetirse; su piel acariciada por tomillos y cardos; su valor esculpido en la torre de un pecho generoso; aquella fortaleza de sus manos, puro cristal de roca; su cabeza romana de moneda recién desenterrada; su cintura de roble fuerte como los árboles del bosque; sonoridad de tacto escribiendo los versos resonantes, columna vertebral de endecasílabos y vertebrados versos, largos, alejandrinos, los bien romanceados que resuenan a pueblo; ojos ciegos de furia donde anidan palomas, otra vez su palabra rompiendo el cristal de las copas; su larga espera fermentada de muchas dudas y menos certezas; su adiós, aclimatándose a una nueva postura, y su cerrar de ojos para contar estrellas, sin dejarse una gota en el tintero, aunque tal vez guardara algún secreto en el sótano de las linotipias donde soñaban muchos impresos clandestinos...

Su prolongado exilio de Burgos (desde los siete años), naturalmente, en sentido figurativo, no dejaba de producirle esa sensación de nostalgia sui generis que todos profesan

mos hacia nuestro lugar natal, como el fantasma imaginario de una ciudad que pudo ser la suya y nunca lo fue. Ello explica su alegría en cuantas incursiones ocasionales pudo pisar "la tierra bendita que le vio nacer". Entonces, parecía rejuvenecido. Yo me lo imaginaba como aquel caballero medieval (qué alienación tan burgalesa) que, lleno de euforia, vuelve de las Cruzadas de la vida lleno de heridas gloriosas, que son laureles, para descansar y reponerse en su castillo en el aire burgalés, sólo por unos días, o tal vez unas horas.

Por eso me admira que (enhorabuena), rebasados los cien años, el poeta, el gran poeta que Crémer es, haya sido convenientemente agasajado con todos los honores de la parafernalia oficial, medallas incluidas, entre las que destaco, por su finalidad didáctica, la del Instituto de la Lengua, al exponer recientemente en su sede del Palacio de la Isla (residencia de Franco durante la guerra) la parte menos conocida de sus creaciones, aparte de la obra poética (bien escrita, bien encuadernada, bien publicada y bien premiada) consistente en otros escritos, signos cabalísticos, dibujos, collages y demás divertimentos creacionales del autor, que nos ayuda a entender otras facetas de su personalidad, tan extraordinariamente humana.

Pero, quien quiera conocer a Crémer de verdad, que se acerque a las bibliotecas o entre en Internet. ■





# SIN LA BENDICIÓN PAPAL

ALBERTO y CLARA  
HERRERO

*Ácida luz partida,  
ciudad hipócrita  
donde nada se anuncia duradero  
sino la mezquindad...*

JOSÉ ANGEL VALENTE

■ Justo el día anterior a que mi siempre joven vecino Dámaso (apenas sobrepasa los 78 años) llamase a mi puerta había vuelto a ver en vídeo “Memorias de Africa”. Recuerdo que, como en otras ocasiones, la escena que más me impactó o más me cautivó o simplemente volvió a dejarme perplejo, seguramente porque nunca he terminado de comprenderla, es aquélla en la que Meryl Street y Robert Redford beben champán en la sabana de Kenia y ella casi le musita en un inglés algo deslavazado el mismo brindis que él ha propuesto: –“Por la cándida adolescencia”.

Creo que, en el fondo, me encantaría creer que la adolescencia es una etapa de la vida habitada por la ingenuidad, y creo que por “ese querer creer” yo también he brindado muchas veces –desde que vi la película por primera vez– “por la cándida adolescencia”. Sin embargo, no han sido pocas las ocasiones en que, mientras así brindaba, me ha venido al recuerdo la imagen literaria de algunos pérfidos y atrabiliarios adolescentes cuyo único objetivo, en las ficciones que encarnaban, consistía en torturar y, en su caso, en dar muerte

al primer adulto que se les ponía por delante. Por consiguiente, si la literatura, en ocasiones al menos, es un cierto reflejo de la realidad, resulta difícil creer que la adolescencia pueda ser únicamente un estado de pura e inamovible ingenuidad. No es que pretenda hacer una tesis, pero novelas como “El marino que perdió la gracia del mar”, de Yukio Mishima, “Los



hijos terribles”, de Jean Cocteau, “El Gran cuaderno”, de Agota Kristof, “La Naranja Mecánica”, de Anthony Burgees o “El Señor de las moscas”, de William Golding configuran, creo, toda una literatura sobre la maldad en la adolescencia.

Desde hace algunos años cuando buzonean un periódico gratuito en nuestro edificio, Dámaso y yo utilizamos un solo ejemplar para los dos, y el otro que nos corresponde el primero que lo ve lo deposita en el portal sobre el poyo de madera del que arranca la escalera, donde siempre hay alguien que termina por llevárselo. Y así ocurrió que la mañana del día siguiente, cuando me encontraba leyendo con cierta avidez un pequeño relato de mi sobrina Clara el bueno de Dámaso llamó a mi puerta, me entregó el periódico gratuito y me dijo con la media sonrisa que siempre lleva puesta: –A la noche paso por él. Y mientras enfilaba un tanto titubeante hacia las escaleras se volvió un instante y añadió: –Ya te contaré.

Dejé a un lado por un momento el relato de Clara y leí de un tirón el informativo gratuito. No hay nada nuevo bajo el sol, naturalmente; el periódico se asemeja tanto al acta de una sesión ordinaria del pleno municipal como una gota de agua a otra gota de agua. La ciudad comienza y termina en el ombligo de los representantes de las administraciones públicas. Y luego, como para aligerar el tabloide, viene la publicidad. Y ahí sí, por lo inesperado, fue cuando no pude evitar el dar un fuerte respingo. ¡Hay que joderse! ¡Es que este anuncio no se le ocurre ni a Cristo! El Hogar Residencia XY para jubilados ricos se anuncia a toda página y compara los servicios que ofrece con los que prestan otros establecimientos de carácter similar. Hasta ahí todo normal: propaganda. Pero la primera gran diferencia de este Hogar Residencia con

los de índole semejante es que éste, según anuncia a bombo y platillo, es *el único que cuenta con la bendición papal*. Sin comentarios. Ni siquiera haré referencia “al pecado de simonía”, ni a la venta de indulgencias en los inicios de la Reforma. Ya lo he dicho: sólo un respingo. Y vuelta al esplendoroso relato de mi sobrina Clara. Aquí lo tienen:

*Sirena se quedó con Wolf durante todo ese tiempo. Vio como Wolf dejaba que su vida se diluyese sin ninguna resistencia, como si ya nada importase, como si ya ni siquiera hubiera esperanza para ellos. Y eso, casi la mató. De manera imperceptible al principio pero mas evidente y cruel con el paso de los días.*

*Sirena acabó dejándose encantar por la desesperanza y empezó a confundirse con el resto, convirtiéndose en el ser gris y uniforme que ellos querían que fuera. Cambió su nombre y su pasado por otros menos ostentosos y menos libres. Cambio su nombre Sirena y su pasado soñador, por el de Dolores y por una profesión: esposa. Vivió así e incluso se la consideró afortunada. Tuvo una sola hija, que no jugaba con el viento, a la que llamó Soledad.*

*Soledad creció en un pasillo vacío de paredes blancas, donde siempre retumbaba el sonido de las pisadas. Nunca salía. Le asustaba el sonido de la hierba al crecer, las gotas de rocío en las hojas verdes y los grillos. Cuando llegó a edad casadera, la vistieron de blanco con guantes de seda y zapatos de tacón y la presentaron en sociedad, donde le dijeron que aprendería todo lo necesario para ser feliz. Se casó a los 20 años con el bien parecido capitán Guevara, tras un romance de dos días lluviosos y una tarde nublada. Se respetaron y su matrimonio no fue salpicado nunca con ningún escándalo. No discutían, tuvieron una hija, Esperanza, y los jueves a las seis recibían, con puntualidad británica a las visitas, a las que ofrecían una velada tranquila con pastas para el té. Con el tiempo la perfección se fue agrietando, Soledad envejecía y con ella, su honorabilidad. El capitán Guevara tomó la decisión de dejarla al cuidado*



*de las monjas, por el bien de su retoño: la pálida Esperanza, que todavía no había aprendido a hablar, aunque tenía mas de diez años.*

*Esperanza en realidad hablaba con una voz musical desde hacía tres años. Había pronunciado una sola palabra en público y al ver la reacción histérica que provocaba esa pequeñez, había concluido que hablar no estaba bien. Desde luego, aprendió más tarde que eso no era del todo cierto, pero para entonces ya nadie se ocupaba de si ella tenía algo que decir. Esperanza si que jugaba con el viento, y con los grillos y con el sonido de la lluvia al crecer, porque creció en el hueco de una encina retorcida entre fantasmas y piratas, que la mecían mientras dormía. La última vez que vio a su madre, Soledad la susurró al oído que no se dejase confundir entre el resto, que no hiciese como ella, que no acabase sola lamentándose de lo que pudo haber sido y que, alguna vez, se dejase arrastrar por la pasión de saber amar y saberse amada.*

*Cuando llegó a la edad casadera, Esperanza se vistió de verde esmeralda, se presentó en sociedad y salió a bailar con quienquiera que la enseñase una historia más. Los escándalos y desgracias*

*ajenas pronto la aburrieron y descendió a los bajos fondos oscuros y bohemios, donde bebió café negro. También huyó de allí.*

*En el camino hacia el mar, conoció a un vagabundo que olía a tabaco de pipa y a manzana verde y se enamoró. Compartieron aliento, camino y manta, acunándose cada noche junto a la tormenta, la luna y la hoguera.*

*Esperanza no murió. Solo se difuminó entre la arena blanca de una cala en una noche de tormenta. Sin darse cuenta, dejó que su espíritu se diluyese entre los recuerdos de su encina retorcida, de su vestido esmeralda, del café negro y del olor mojado de tabaco de pipa y manzana verde. Esperanza no murió porque las hojas la recuerdan cuando juegan con el viento.*

*Siempre que lo releo –consideré al acabarlo– percibo cómo crece en mi interior un sentimiento de admiración por su autora, ya que mi corazón late mas fuerte, y sé que Clara apenas si tenía trece años cuando lo escribió. Su relato contiene una dosis de imaginación y romanticismo desbordantes, pero*

¿podríamos decir de él que es un relato dominado por la ingenuidad? Y en estas pequeñas cavilaciones me encontraba cuando volvieron a llamar a mi puerta. Era Dámaso de nuevo. Ya estaba de regreso y esta vez la media sonrisa se había transformado en una sonrisa amplia que, como suele decirse, le cruzaba el rostro de oreja a oreja. Ya he encontrado residencia, Albert, me dijo mientras tomaba asiento con un aire tan radiante que en seguida me asaltó un mal presentimiento, pese a que Dámaso está lejos de ser rico. ¿No será en el Hogar Residencia XY?, le pregunté en seguida con la voz temblona. Y él se me quedó mirando con los ojos húmedos y la sonrisa cada vez más ancha. No, Albert, no –me tranquilizó al momento–. Me voy a vivir con una mujer viuda. Se llama Esperanza. Entonces me levanté como un resorte, besé en la frente a mi entrañable vecino y de seguido llevé un par de copas y una botella de champán a la habitación y mientras giraba el corcho con fuerza volví a preguntarle ¿Y cómo es ella

Dámaso, cómo es ella? Y él me dijo como esa actriz que te gusta tanto, pero un tanto mayor. ¿Quién?, exclamé. ¿Charlize Theron? Sí, como ésa. Y a continuación matizó: bueno, en poco más o menos. Justo entonces el tapón de corcho se estrelló contra el cielo raso y mientras llenaba las copas le dije a mi vecino con cierta ansiedad: –Esto se merece un brindis, Dámaso. Y sin darle tiempo a responder me puse en pie, adopté un tono lo más formal que pude y con la copa en alto dije mirándole a los ojos: ¡Por Charlize Theron, Dámaso! Digo, corregí, ¡Por Esperanza! (y pensé que Esperanza y Dámaso nunca morirían, porque yo seguiría recordándoles mientras viviera y, tras mi muerte, las hojas seguirían haciéndolo en mi lugar cuando jugaran con el viento...). Y entonces Dámaso se puso en pie también con cierta solemnidad y mirándome fijamente sin dejar de sonreír, y como leyéndome el pensamiento, alzó también su copa y dijo alegremente: –¡Por la cándida adolescencia, Albert! ■



# PROPÓSITO DE ENMIENDA

Félix J.  
ALONSO CAMARERO



■ Mi hija me ha exigido ya pero que muy en serio que deje de hablar mal. Vamos, que me olvide de las palabrotas, de cara al niño sobre todo.

Yo la comprendo, y reconozco que le asiste toda la razón del mundo. Ya no hay lugar para que siga empleándolas. Servían para hacerme respetar cuando tenía mis responsabilidades; cuando daba órdenes y tenía que cabrear a si quería verlas cumplidas. La vida en el pueblo se hacía de otra manera y lo requería. (Aquel lenguaje inapropiado tenía que guardarlo bien guardado entre los recuerdos más viejos y más íntimos. En ningún momento debía traspasar el umbral de sus labios; palabras incrustadas en la propia

carne; palabras salitrosas como el sudor, tanto esfuerzo para sacar adelante a la familia; palabrotas que ahora, en su cabeza, evocaban días de plenitud y de poderío. La manera de vivir en la ciudad era tan diferente a la del campo... Aires tan nuevos los de ahora que a gentes de su altura los cogían a contrapié, desprevenidos). Hablo de hace mucho, como bien comprenderán, de aquellos tiempos, no voy a decir difíciles, que lo eran, pero sí muy diferentes de los de hoy. Soltaba uno de mis tacos y todo el mundo, firme. Y nadie se molestaba. Pero ahora...

La verdad, a uno ahora no le resulta fácil acostumbrarse a hablar como es debido

después de tantos años en que ciertas expresiones había que emplearlas por necesidad. Recuerdo que de niño, al hombre que no era mal hablado se le tenía por blando o por otra cosa peor, ya me entienden lo que quiero decir. Y no es que disfrute con ello, como dice mi yerno, que piensa así porque no le sobran luces y cavila poco. Yo soy del parecer de que si de la noche a la mañana las circunstancias de uno cambian por necesidad, como ha sido mi caso, más le costará coger otra mentalidad y quitarse hábitos y latiguillos. Y con esto que digo no es que intente justificarme.

Mira que me lo repito: ¿para qué empeñarse ya en el malhablar? ¿Para qué aparentar lo que no soy? Como le digo a mi hija, soy el primero en lamentar que tu padre sirva de comidilla entre las vecinas y tenga fama de persona de poca crianza.

Seguro que no me creen, pero siempre me esforcé en matar algo de mi ignorancia: mayormente con el periódico, para estar al tanto del mundo en que vivía, y para aprender cosas que no fueran del campo. Incluso en mis años mozos llegué a hacer poesías. Sí, sí, poesías. Como lo oyen. Quién lo diría ¿verdad? con una presencia como la mía... Ya empieza con sus tonterías, saltaría mi hija o mi yerno si me oyeran. Es que usted chochea ya, me espetarían tratando de interrumpirme. Pero yo no me achantaría. No. Sino que les apostaría algo bueno a que fue como digo si alguna de mis novias –viven casi todas–, se aviniera a hablar al respectivo. Si la Bienve, por poner el ejemplo más a mano,

siendo que hemos coincidido últimamente en el hogar, quisiera recordar las letrillas que tan ajustadas y graciosillas me salían a mis veintitantos, o sea, cuando el amor llamaba a nuestra puerta con más insistencia.

Dicho en secreto: en el fondo soy débil. Esa conducta de bruto, si lo pienso, en la que parece que me empeño, me ha seguido saliendo de dentro quien sabe si para compensar todo lo que he perdido y todo lo que voy dejando atrás... A veces incluso imagino si será para ocultar el miedo que me entra de vivir en este barrio que parece un termitero, y para disimular la inseguridad, que en ocasiones se me hace que estoy perdido entre tanta persona extraña y tanto ajetreo cuando, por ejemplo, tengo que llevar al Chema a la guardería. Con mis tacos de siempre, las únicas armas que me quedan, supongo que intento espantar los miedos, y por eso aparento justamente lo contrario de lo que soy.

Lo dicho, Afrodisio, aplícate en serio a moderarte y a morderte la lengua ahora que te ves ya... Porque viudo y cumplidos los setenta y tantos, ya me contarás. El día menos pensado la hija se cansa y te dice: padre, hasta aquí hemos llegado, y te pone de patitas en la calle. Hazte la cuenta de que no te queda otra salida, porque en esta casa, padre, se come a las dos, ni un minuto más ni un minuto menos, que el Paco así lo tiene mandado; aquí, padre, uno se asea todos los días como es debido y se habla en tono normal, sin voces ni palabrotas ¿me entiende? Aquí, padre... ■



## FERIA DEL LIBRO 2009

José M<sup>a</sup>  
IZARRA

■ LOS / MONOS / NO / LEEN / PASEO DEL ESPOLÓN / XXXIII FERIA del LIBRO / 29MAYO-7JUNIO / BURGOS2009. Pirámide de 8 pisos de diferentes alturas. Contando desde el vértice superior, los cuatro primeros, de color gris; el quinto, azul; el sexto, doblado y de color indefinible (¿teja desleído?) en su mitad izquierda, y verde claro en la derecha; el séptimo, azul. Y el octavo y base, gris. En la cúspide se dejaba ver un gorila, puede que de montaña (sin niebla, con permiso de Dian Fossey), o tal vez King-Kong. Sobre la "n" del cuarto piso, otro del mismo tamaño. Y a los pies de la pirámide, un tercero, en posición de descanso, en una actitud más parecida a la del perrazo de *Las Meninas* que a la que suelen adoptar los primates referidos. Letras colosales, marmóreas, en tres dimensiones, propias de la arquitectura soviética, del realismo socialista más concretamente, en que se primaba el academicismo y la moral sobre la libertad creativa y la belleza.

Y todo en relación con el bicentenario del nacimiento del eminentísimo naturalista Charles Darwin. Bueno, Firmón Doloso lo juzgó más acorde con el de Edgar Allan Poe. ¿Por qué motivo? Porque aquel anuncio le había causado terror. Más que terror, pánico. Más que pánico, miedo insuperable.



Sea como fuere, el 6 de junio se personó en la caseta de autores, a la hora convenida, para cumplir con las peticiones del público. En seguida cayó en la cuenta de que estaba mano sobre mano. Reflexionó: era natural, ya que, si como se manifestaba por los libreros, los monos no leían, mal iban a comprar libros y menos el suyo y, en consecuencia, difícilmente iban a solicitarle la rúbrica. Pero... ¿estaba dando por sentado que todos los concurrentes eran monos?... Si no monos, de acuerdo con Darwin, sí sus descendientes, lo que parecía estar en oposición, según la lógica tomista, a la tesis de que los monos, al contrario que aquéllos,



no saben leer, defendida por los feriantes, pues, si el hombre desciende del mono y el mono no sabe leer, en conclusión, el hombre tendría que permanecer ignorante en esa materia... de ahí que él, Firmón Doloso, no se hubiera visto solicitado para autógrafo alguno.

En fin... Permanecer mano sobre mano da mucho juego: no en la agricultura, ni en la industria, ni en el sector servicios, ni siquiera en la Administración, pero sí en el ámbito del pensamiento... De ahí que estuviera venga a rumiar sobre el asunto de los monos, retomada la postura de los doctos expositores. El caso es que por allí transitaba muchísima gente que, aparentemente, no leía (ni en los ojos ni en las manos presentaban restos de letra alguna; o sea, que ni en braille ni en cristiano) y que, sin embargo, tampoco parecían simios. Una de dos, o él estaba equivocado y leían, aunque ignoraba cómo o con qué (si no con los ojos ni con la boca... ¿tal vez con salva sea la parte?), o toda aquella gente andaba disfrazada (o sea, que, en realidad, eran monos).

Pero ¿también los libreros se habían disfrazado de lectores? Firmón Doloso tenía el

pálpito de que no todos los libreros se habían emancipado del mono en el que, indudablemente, estaban enraizados. Es más, ni uno solo se libraba del atavismo de ir de estantería en estantería. (¿Qué diferencia mediaba entre la referida actividad y saltar de árbol en árbol, o de liana en liana?)

¿Y los escritores? Con Firmón Doloso, que estaba allí en calidad de autor de una obra yoísta y falsa (mal que le pese), no sé qué de la prosa, había tres más: uno que había publicado un libro de autoayuda (aunque negara que lo fuera), una receta en tres pasos para alcanzar la felicidad o algo por el estilo; otro que se las daba de haber hecho la verdadera historia de Jesucristo; y un cuarto que se declaraba padre de una novela breve que recomendaba mantener lejos del alcance de los niños. Todos, disfrazados, al modesto entender de Firmón.

Además, además... ¿quién había dicho que los monos no leían? Pues seguramente alguien muy instruido, pero que, de no haberle inculcado el vicio un ratón de biblioteca, se hubiese pasado la vida entera sin hincarle el diente a papel alguno,







como la gran mayoría de los de su especie. Y Firmón Doloso proseguía discutiendo. Pero si los monos eran capaces de llevar a cabo sumas mentales con resultados muy parecidos a los que obtenían los universitarios, según información aparecida en su día en los periódicos, ¿por qué no iban a poder leer con igual aprovechamiento? Claro que en absoluto se hacía referencia a la bondad de dichos resultados. Otra noticia que se le había venido a la memoria observaba que, en un centro de investigación de Austin, los chimpancés charlaban entre ellos medianamente ordenadores; o sea, que leían...

Disquisiciones aparte, en aquella feria no había monos, o todos andaban disfrazados de hombres. Como tal le parecía imposible (el que todos los de una misma especie se disfrazaran de otra equivaldría a la desaparición de la primera, y que él supiese, seguía habiendo monos), se empeñó en encontrar, por lo menos, a uno de los impostores.

Pero ¿y cómo? Se le ocurrió que, si pudiera espiar a todos los transeúntes, feriantes, autores y otros en su vida privada, no tardaría en conseguir su objetivo. Sí, porque, a la hora de comer, por ejemplo, el ser humano utilizaba cuchara, cuchillo y tenedor cuando menos, y el mono, únicamente los dedos de las dos manos; o porque, a la hora de hacer sus necesidades, el hombre empleaba papel higiénico, y el mono no; o porque, cuando se encontraba a solas, el humano se metía el dedo en la nariz y se rascaba las nalgas, y el mono, en menor medida.

No hubiese habido ningún problema en descubrir al embaucador o los embaucadores, si, aun disfrazados, se hubiera dado un clima de desinhibición, propiciado por una atmósfera sahumada de hash o por la ingestión alcohólica conveniente, porque, entonces se habrían subido al techado de las casetas, a las ramas de los árboles y a lo más alto de las estatuas, se hubieran

golpeado sonoramente el pecho, rascado los sobacos y realizado frecuentes demostraciones masturbatorias.

No era el caso, así que... habría que hilar más fino. Quizá tendría que fijarse más en la fisonomía, en el porte, en el olor... Y sí, había transeúntes que, efectivamente, parecían monos: gorilas, chimpancés, incluso orangutanes... pero del mismo modo que se establecían semejanzas al contemplar las nubes. Y sí, veía monos, pero también garrapatas, avestruces, ciempiés. Mal panorama, en definitiva.

Se dio una vuelta por las casetas, para escrutar a los librereros: todos le parecían monos, todos hacían volatines por entre las estanterías. Llegó hasta el extremo de sacarle cierto parecido a la presidenta del gremio con la mona Leia, aunque, previamente, se le había figurado un tití hembra, por lo menuda y rápida de movimientos. Cualquier cosa. Estaba desorientado.

Lo intentó con sus colegas. ¿Por qué no podría ser uno de ellos? Desde luego, todos eran primates. El de Jesucristo tenía las espaldas anchas, fuerte la mandíbula, amplísima la frente y, a pesar de todo, caminaba recto como un peluso. No muy cercano, pero algún parecido guardaba con los orangutanes. El de la autoayuda, poco tenía que ver con los simios, más bien nada. Estaba muy evolucionado. No obstante, para no dejarlo sin parientes, se le ocurrió que podría catalogársele como simio metrosexual o como el Petronio de los monos. El valedor de la infancia, por su parte, era alto, más bien delgado, cargado de hombros, los brazos largos, moreno... No encontró ninguna dificultad para asociarlo con un chimpancé, pelón si se quiere, pero chimpancé. Sin embargo, su comportamiento exquisito y su discurso inteligente, le hizo desistir de conceptuarlo como tal. Y por lo que a él mismo se refería... Ninguna duda... A él no podía incluirse en el grupo de los grandes monos.

Mono, simio, orangután, chimpancé... Eso era lenguaje sexista, pues, haciendo uso del masculino, en singular o plural, para referirse a los dos sexos, se estaba haciendo invisible a las hembras. A propósito de monos... Desvió su atención momentáneamente de las pesquisas que lo embargaban y repasó algunas de las recomendaciones de la autoridad competente para evitar el uso sistemático del género masculino: diferenciar el uso de los dos géneros en la designación de profesiones y actividades (el/la bedel/a, el/la cónsul/esa, el/la líder/líderesa, el/la obispo/a, el/la poeta/isa, el poeta sastre/la poetisastra), usar en las demás eventualidades el artículo diferenciador “el/la” y la terminación “/a” o “@”, evitar todas aquellas expresiones que conllevan un uso excesivo del masculino (“... los resultados son importantes para nosotros...”, que podría cambiarse por “... las resultas son significativas para la tropa...”; “... los gorilas, chimpancés y orangutanes...”, fácilmente sustituible por “... la gran monería...”)

Se frotó los ojos, respiró profundamente e intentó volver a la realidad: estaba allí, en el stand de autores, casi como en una jaula. Volvió a frotarse los ojos. Decíamos ayer. ¡Ah, sí! Estaba empeñado en descubrir a un mono bajo el disfraz de hombre. Y se había quedado en que él no formaba parte de la familia de los grandes simios. Y no sabía por qué, pero a Firmón Doloso se le había metido en la cabeza que el mono que buscaba pertenecía a ese pelaje. Así pues, vuelta a empezar.

Escudriñó a un montón de viandantes. Esta vez, con método. A ellas les miraba las piernas. Si no tenían pelo, dejaban de ser sospechosas. A ellos, las cejas. Si pobladas, los examinaba de arriba abajo. En dos horas que permaneció al acecho, sólo un ser bermejo, cejudo y con barba recortada le dio de ojo. La ilusión apenas le duró unos instantes. Lo que tardó en enterarse,

por boca del experto en Jesús de Nazaret, de que se trataba de un exministro, que, por cierto, iba acompañado por una corpulenta mujer vestida de rojo, al decir del psicólogo. Al hilo de este último comentario, conjeturó Firmón Doloso que tal vez fuese su guardaespaldas, o, en relación con el tema que venía ocupándolo y aprovechándose del doble sentido de la palabra que había preferido omitir, quizá se tratara del ínclito “gorila” Maguila, muy aficionado al color expresado en la referencia.

Nuevamente recorrió todas las casetas. En esta ocasión ofreció la mano a librereros y dependientes, que, con gesto de extrañeza, le dieron a él la suya en la mayoría de los casos. Receló de las dos excepciones, pero, al mirarles las pantorrillas y, todo hay que decirlo, también las caderas, aunque sin querer, descartó que ninguna de las dos fuese el simio que esperaba encontrar.

Le quedaba la revisión de los escritores. Más de lo mismo. Se afirmó y ratificó en el primer informe sobre sus tres colegas, y asintió reflejamente con la cabeza a la opinión que tenía de sí propio: que no formaba parte de la “gran monería”. Que no formaba parte de... Se lo estaba repitiendo, cuando le surgió una pregunta: ¿y eso lo excluía del conjunto de los monos?

Empezó a cavilar. Dada su estampa encorvada, su tez morena, los brazos tan largos como las piernas... Se le figuró que se parecía a su colega el protector de la infancia, y, por ende, a un chimpancé, aunque de bastante menor tamaño (indagó en la Wikipedia)... ¡al bonobo o chimpancé pigmeo! ¡Eureka! Pero no, no podía ser cierto.

Con el ceño fruncido, se encaminó a toda prisa hacia la cafetería del Teatro Principal. Quería mirarse en un espejo. Llegó, pidió una consumición y, mientras se la preparaban, bajó a los servicios. Se dio una sesión de azogue, que lo dejó más o menos persuadido de que bien podría ser él el mono que andaba buscando: frente



huidiza, cejas pobladas, velludo... Se acercó hasta uno de los urinarios de pared, y ahí se fue al traste su tesis: un bonobo jamás realizaría la acción, ni siguiera amargaría el gesto, de sacársela para mear.

De vuelta en la caseta, pensó que se encontraba en un atolladero. De golpe, se le habían cerrado todas las líneas de investigación. ¿Por dónde seguir? En esto, oyó lejano el llanto de un... bebé. ¿Nene o...? “Cómo lloraba el monito...” Se le vino a las mientes esa letanía de Eliseo González, publicada en un opúsculo en homenaje a León Felipe, hacía ya veinticinco años. “Cómo lloraba el monito...” ¿Nene o monito? Al final, resultó ser un nene mamón, que reclamaba su teta. Otra vez en la estacada.

¿Se rendía? Concibió una idea. No demasiado feliz, a su juicio. Resolvió, sin embargo, ponerla en práctica. Se acercó al contiguo stand del azafato y le pidió, por favor, que le dejara unos cuantos folios en blanco y un rotulador de trazo grueso. Dicho y hecho. El azafato accedió amable y rápidamente a sus deseos. Rotuló en cada uno de los folios “SE BUSCA MONO / SE GRATIFICARÁN LAS PISTAS Y SE RECOMPENSARÁ GENEROSAMENTE

LA ENTREGA / RAZÓN: CASETA DE AUTORES (PREGUNTAR POR EL DE LA PROSA)” y los sujetó contra algunos árboles del andén de la feria con cinta adhesiva, proporcionada asimismo por el azafato.

No tardó en comenzar a aparecer gente. Una mujer de unos setenta años le puso sobre el mostrador la revista *¡Hola!* Y, chupándose el índice y pasando hoja, llegó hasta una doble página en que aparecía la fotografía de la familia real monegasca al copo. Le señaló con especial vehemencia al príncipe Alberto. Firmón le repuso que no, que no había monos calvos, si acaso albinos y que, de éstos, el último conocido, Copito de Nieve, había pasado hacía unos años a mejor vida. Después se acercaron dos bigardos con tres pelotas de trapo cada uno, y le preguntaron por los monos del pim-pam-pum. ¡Alto ahí! Seguidamente, un gracioso le hizo una foto con la cámara digital y, tras mostrársela, le dijo que sabía dónde se encontraba, pero que, hasta que no notara el tacto del papel moneda en la palma de la mano, no abriría la boca. ¡Cojonudo! El cartelito, estaba comprobado, había sido un éxito. Se dispuso a hacer el recorrido para retirarlo de todos los puestos.

Pero, en su andadura, le salió al paso un Codón o Fray Valentín aficionado que le preguntó si había conocido el bar Salinas y al mono que tomó su nombre, muy parecido al mono Amedio por su tamaño y aspecto, de tan grato recuerdo para los que ya peinaban canas (derrochaba retórica) y que, según le ponderó, de habérselo propuesto su dueño, bien podría haber pasado a la historia cañí como el más pajero del mundo. Y los pájaros del Cantábrico, como los más borrachos. Y los trenes aéreos del Dollar, como los de más largo recorrido. Ya. Otro viandante le señaló a un pobre toxicómano, todo pellejo, desdentado y ansioso. Hizo un chiste a su costa (aquel drogata siempre iba con el mono a todas partes), pero no se lo rió. Cuando terminó de quitar el último anuncio, los altavoces proclamaron que apenas si quedaba media hora para que concluyera la jornada ferial e invitó a la concurrencia a comprar los libros de los autores presentes.

El mono se mostraba esquivo, pero en la misma medida que él, Firmón Doloso, perseverante en su búsqueda. Se dirigió al azafato de nuevo y le solicitó, por favor, que anunciara por megafonía que todos los alérgicos al maní y a los plátanos se pasaran urgentemente por recepción. Por psicología inversa, estaba seguro de que acudirían todos los monos. Sí. Lo malo es que no dio tiempo a comprobar la efectividad del pregón. Eran las nueve menos dos minutos y, a las justas, como estaba previsto, se echó el cierre.

Tarde, mal y nunca. Fue el reproche que se hizo a sí mismo. Más concretamente, a su inteligencia. Pero se conoce que ésta dio un respingo y, entonces, ideó una nueva conjetura: ¿y si el mono del cartel fuera disecado; más probablemente, una figura rescatada de alguna de las carrozas de Cristino?

Sin consuelo. Acongojado, se encaminó a la cafetería del Principal. Se apostó en la barra y pidió una cerveza sin alcohol

(estaba en plena decadencia, se dijo). Con el primer trago, le sobrevino una tentación. Resistió. Con el segundo trago, la tentación fue más fuerte; pero resistió. Apuró el botellín, y ahí ya no pudo contenerse. Demandó otra cerveza y un plato colmado de frutos secos diversos (avellanas, cacahuetes dulces, nueces...) y otro, de plátanos. Indicó al camarero que hiciera partícipe a la parroquia de que invitaba él, Firmón Doloso. En aquel envite radicaba su última esperanza. Si había algún mono, no podría sustraerse al cebo.

Cuando todo estuvo en proceso, inconscientemente, entre trago y trago, empezó a picar, al principio muy despacio, pero, paulatinamente, con más y más ansias. Esto lo llevó a mostrarse desconfiado y a mirar con recelo a todos los que se arrimaban. Incluso llegó a ver un mono en cada uno de ellos, fruto de sus alucinaciones. Así, en las personas de Ignacio del Río y Carlos de la Sierra. Respecto del primero, lo desengañaron la boquilla de plástico mentolada entre los dientes y su voz aguardentosa inconfundible, y respecto del segundo, la tricolor republicana sobre su tetilla izquierda y el bulto de la chaira en el bolsillo trasero del pantalón. En cualquier caso, abrazó los platos. No quería oposición ni competencia: él era el mono.

Se llevó a la boca la última avellana y, con un gesto de borracho, chistó al camarero para que se acercase. Le habló al oído: él, Firmón Doloso, era el mono que durante todo el santo día habían estado buscando en la feria del libro. Luego, lo intimó para que avisara a los dueños del Atlas, los hermanos Tonetti (en sus delirios, estaba convencido de que se había escapado de un circo, de dónde si no en una ciudad como Burgos, y le puso nombre), puesto que, como podía imaginarse, él no llevaba dinero, para que se hicieran cargo de la minuta de gastos.

El camarero telefoneó al 112. ■



# LOS CAMPANILLEROS DE LA LIBERTAD

BURGOS | IGNACIO C.  
MAYO DE 2009 | SORIANO JIMÉNEZ

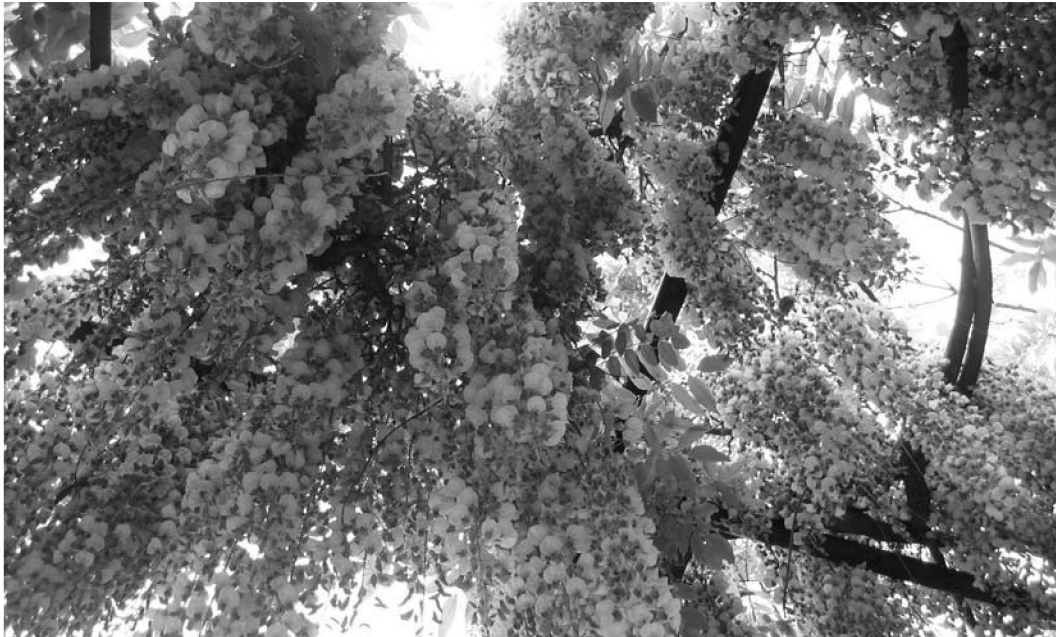
■ Es evidente la mixtura que se ha dado, musicalmente hablando, entre lo popular y lo religioso en sociedades en las que el *mundo divino* ha conformado la vida cotidiana del mundo humano (piénsese, sin más, en los villancicos). Y cómo, en algún momento de su historia, los pueblos se autoafirman echando mano de esos elementos mixtos que han elaborado, intentando laicizarlos; algo que no siempre llevan a término con fortuna. En todo caso, la letra de las canciones refleja con frecuencia las circunstancias políticas en las que nos desenvolvemos. Es lo que sucede, según veremos a continuación, con uno de los cantos más sonados del folclore andaluz: Los Campanilleros.

A finales del siglo diecisiete y sobre todo en el dieciocho, unas cuadrillas comenzaron a rondar las calles de los pueblos de Andalucía y Extremadura los sábados de octubre cantando canciones religiosas. Lo hacían, al parecer, bajo el impulso de unos frailes capuchinos, anunciando y rezando el rosario, que desgranaban a primera hora del día. La costumbre se consolidará en lo que conocemos como Rosario de la Aurora. Estos coros se acompañaban de instrumentos simples –triángulo, guitarra primitiva, cascabeles, zambombas...–, entre los que se hallaban los collares de campanillas con que se



adornaba a las caballerías. De ahí nació el nombre de los integrantes de estas trovas y, más adelante, el del género afluencado del que nos ocupamos aquí: Los Campanilleros<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Casi toda la bibliografía que se ocupa de la evolución del flamenco habla de este fenómeno. Como prueba, puede verse el texto de Carmen Castilla Vázquez *Manifestaciones del flamenco en la religiosidad popular* <<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2243575>>, que pone el acento en la trabazón entre lo religioso y lo popular.



Dejamos claro, pues, que no se trata de una canción concreta, sino de una modalidad, la cual tiene distintas versiones con distintas letras, si bien guardando relación con el tono religioso original; suelen variar, no obstante, los seis versos asonantes primitivos (compás 3 x 4 y acompañamientos en tonalidad menor) por estrofas de siete. Estas tonadas llamaron la atención de quienes cantaban flamenco, comenzando a incorporarlas en sus repertorios. El cantaor que creó la versión flamenca más genuina fue el jerezano Manuel Torre (1878-1933), que en las primeras décadas del siglo veinte se acompañaba a la guitarra de Niño Ricardo; se le conocen tres variedades. Cuando Torre grabó *Los Campanilleros* en 1929, dándole el sentido hondo, dejó sentado lo que sería este cante. Lo hizo con la siguiente letra:

A la puerta de un rico avariento  
llegó Jesucristo y limosna *pió*.  
Y en lugá de dazle limosna,  
los perros que había se loz achuchó...

Y Dioz permitió,  
que ar momento los perroz murieran  
y el rico avariento probe se queó.

La letra, aun teniendo tono paternalista –Dios soluciona el problema–, deja entrever una situación social conflictiva, propia del momento que se estaba viviendo en España. Esta es la misma versión que recuperan José Mercé y Jorge Menese en los primeros años de la Transición y últimos de la Dictadura (cuando se podía), con una intención claramente reivindicativa. Su eco no dejaba indiferente.

En los años del desierto franquista, por el contrario, no cabían este tipo de veleidades, por lo que la versión más conocida de Los Campanilleros incorporó una letra más floreada y neutra:

En los pueblos de mi Andalucía  
los campanilleros por la madrugá,  
me despiertan con sus campanillas  
y con las guitarras me hacen llorar,  
y empiezo a cantar  
y al sentirme to' los pajarillos,  
cantan en las ramas y se echan a volar.

Eran tiempos de supervivencia. Se grabó en 1959, treinta años después de la versión de Torre. Lo hizo Dolores Jiménez Alcántara (1909-1999), *La Niña de la Puebla*.



A decir de los entendidos, estilizó la canción, le restó hondura, pero a cambio tuvo gran acogida popular y la tonadilla corrió de boca en boca. La letra –al igual que otras de la cantadora– la escribía su padre, Francisco Jiménez Montesinos. Años más tarde, en 1973, una de estas azucaradas versiones llegó a nuestros oídos en las voces de Nuestro Pequeño Mundo.

Pero no se agota aquí la vida de esta canción popular. En el libro de José Luis Gutiérrez Molina *La tiza, la tinta y la palabra*<sup>2</sup>, se nos proporciona el testimonio de Dolores Vimes, hija de Antonio Vimes, cenetista amigo de Francisco Jiménez Montesinos (padre de La Niña de la Puebla). Dice que en su pueblo, Constantina (Sevilla), uno de los lugares de charla era la peluquería de Francisco y que desde allí la Niña comenzó a cantar la versión de *Los Campanilleros de la Libertad*, según lo hizo después, pero con letra de su padre bien distinta de la que realizó después. Estamos en 1932. Es como sigue:

Por los campos de mi Andalucía  
los campanilleros de la libertad  
van luchando y cantando  
los campanilleros de la libertad.

Y en la cárcel están sin comida  
los anarquistas que un día  
a la España esclava querían libertar.

Amnistía, amnistía reclaman los parias  
para sus hermanos que sufren prisión  
y sus gritos se ahogan en sangre  
por los opresores de la situación.

Pero un día será  
en que el pueblo se lance a la lucha  
y de estas mazmorras los libertará.  
Anarquía sublime palabra  
la idea más hermosa de la humanidad.

Y no es este el único testimonio que tenemos al respecto. El *seño* José, jornalero andaluz, pacifista que fue a la guerra, después de la cual sufrió trabajos forzados; que se afincó en Entrerriós (Badajoz) cuando fue liberado, también proporciona una letra reivindicativa que se cantaba con esta música. (Digamos de paso, que este hombre dejó escrito en su testamento que su entierro debería ser una manifestación a favor de la paz y de la cultura, como así se hizo.) El texto aludido es bastante similar al recogido en la revista *Orto* (Barcelona) en su número de 1983 (que no reproducimos aquí por su extensión y por ser de un tono parecido a la letra de que hablamos).

Si quedaran dudas sobre el carácter que tenían muchas de las letras en los años treinta del pasado siglo, puede acudirse al recientemente reeditado *Andalucía, su comunismo libertario y su cante jondo. Tentativa de interpretación* (Sevilla, Editorial Renacimiento, 2008)<sup>3</sup>. Lo escribieron al alimón los hermanos Carlos (1899-1976) y Pedro Caba Landa (1900-1992), hijos de madre extremeña y padre vasco, guitarrista y escritor el primero; literato y ensayista, el segundo. Afable testimonio de unos hombres que sentían curiosidad por lo que les rodeaba. ■

<sup>2</sup> Los datos completos son: GUTIÉRREZ MOLINA, José Luis, *La tiza, la tinta y la palabra. José Sánchez Rosa, maestro y anarquista andaluz 1864-1936*, Ubrique, Tréveris; Madrid, Libre Pensamiento, 2005. Sánchez Rosa (1864-1936) era un obrero de Grazalema, llegado a maestro autodidacta racionalista, que con su compañera Ana Villalobos y su hija Paca regentaron una escuela en Sevilla entre 1910-1936 y tuvieron una editorial: La Biblioteca del Obrero.

<sup>3</sup> La primera edición: CABA LANDA, Carlos & Pedro, *Andalucía, su comunismo y su cante jondo. Tentativa de interpretación*. [Madrid], Biblioteca Atlántico, 1933, 302 p., 1 h. Se reeditó en 1988 por la Universidad de Cádiz.



## EL PIE DE LA ESCALERA

CARLOS  
BOLINAGA

*No estoy hablando de salvar el mundo.  
En estos momentos me conformo con salvarme a mí mismo.*

*Brooklyn Follies*

PAUL AUSTER

■ Pensó que era la última vez que le veía, que la silueta que se alejaba por el camino polvoriento no la volvería a ver. Ella creía que, a pesar de la penuria que padecían, no eran infelices. Carecían de muchas cosas, sí, pero –lo sabía por experiencia– a todo se acostumbra el ser humano. También sabía que cuanto más tienes más quieres. “Somos insaciables –repetía una y otra vez–. Siempre queremos más y más”. Ella se conformaba con poco. Estaba acostumbrada a no quejarse por nimiedades.

“No tener que comer no son nimiedades” –le increpaba continuamente el que se había ido.

En el fondo de su corazón le entendía. Que se fuera de allí, de ese lugar en el que la miseria era la reina de todos. Bueno de todos no, de casi todos. Los gobernantes, los que ostentaban el poder vivían de otra manera. Ella lo sabía. Sabía tantas cosas. Sin embargo apenas podía solucionar nada.

Todo esto lo pensaba al pie de la escalera de su pequeña casa de adobe, mientras

veía partir a su hijo hacia un mundo desconocido.

–Es una locura, es una locura, –repetía continuamente. Luego, poco a poco, se fue calmando.

–En realidad es un buen hijo –dijo, refiriéndose al que ya apenas divisaba, al que se iba en busca del paraíso (como él decía)

–La culpa la tiene esa televisión por cable que ven. Se creen que allí, al otro lado, todo el mundo tiene de todo, que todo el mundo es feliz y que apenas hay problemas.

Allí estaba ella, al pie de la escalera, viendo como su hijo, su único hijo se lanzaba a la aventura de pasar a la otra orilla, a buscar un mundo diferente, un mundo mejor.

Apenas hubo pasado una semana cuando llamaron a su puerta. Ella salió y comprendió. Allí, al pie de la escalera, supo que los sueños de su hijo se habían ahogado en el océano, o quizá en la ambición, o acaso en la injusticia. ■





# LAS CHICAS DE LAS CANCIONES

DEL INÉDITO | ENRIQUE  
"LA CIUDAD SIN ESTACIONES" | CUESTA

■ Dónde están las chicas de las canciones.

Yo conozco a las chicas de las canciones.

Están las mujeres feas; éstas no me interesan en absoluto. Están las mujeres guapas; algunas de éstas son las que me interesan.

Si usted cree que ha entendido las frases de arriba, tómese el pulso. ¿Acelerado? No ha entendido nada. ¿Normal, incluso más bajo que de costumbre? Lo felicito, usted no es un demócrata cualquiera.

Las mujeres guapas se dividen en dos, las que saben que son guapas y las que no tienen ni idea. Las primeras no son tan interesantes. Qué fastidio. Un color de pelo extravagante, incluso el peinado, las uñas, el depilado de las cejas, la altura de los zapatos, pueden echarlo todo a perder. Sin contar con el teatro. La cadencia de las cuatro extremidades, los párpados, la boca. Sé que estoy muy bien es la frase que puede condenar a una mujer que sabe que es guapa.

Elena me había hablado mucho de Sheila. Sheila. Qué nombre, ¿eh? Uno duda hasta de cómo pronunciarlo. Es algo así como cheila, con el acento tónico en la e y con la che muy suavita.

Tienes que verla, tío, tienes que verla.

¿Qué edad tiene?



Acaba de cumplir diecinueve.

Cuando una mujer que me conoce me habla de otra mujer, suelo prestar atención. Elena me conoce mucho. Una vez, al lado del árbol de la música, en la alameda de Soria, me dijo que no estaba bien. Yo sabía que no estaba bien. Todos los días que había estado con ella me había resultado evidente que no estaba bien, pero entonces, ahí, lo dijo ella. Elena no siempre siente la necesidad de explicar lo que le pasa, y creo que tampoco entonces la sintió. Fue sólo que era una noche muy tranquila de noviembre, qué sé yo, que no había nadie, que se estaba como siempre



se está en Soria, como en un mundo aparte y por encima del mundo, que no habíamos bebido ni fumado porque no bebemos ni fumamos, que habíamos respirado todo ese aire de mil metros de altura que Soria conserva desde la aparición de la atmósfera en la Tierra.

Elena me miraba muy fijamente y se reía. No se reía de esa manera incomprensible en que algunas mujeres ríen, no, yo lo entendía todo. Elena se estaba riendo de sí misma y de lo que me iba a decir. Casi todas las mujeres, incluso las más atrevidas, sienten pudor al decir algunas de las cosas que piensan. Al contrario que muchos hombres, que decimos sin pudor lo que no pensamos. Es curioso ese pudor final de las mujeres.

Tío, joder, es que no sé si decírtelo, es que sé lo que me pasa, lo sé perfectamente. Tío, es que si te lo digo vas a pensar lo que no es.

Yo no pienso, Elena. Por ti me quedo sin pensar. Anda, vamos al árbol de la música y me lo dices ahí.

Joder, tío, es que es muy fuerte, es que sé lo que necesito y es muy fuerte.

Venga, vamos, dímelo. Con dos cojones.

Un pollazo, tío, necesito un pollazo. Está clarísimo. Lo que necesito es un pollazo en la frente.

La abracé y le dije que estaba a su disposición, para lo que mandase. Me dijo que qué más quisiera yo. Le dije que qué era lo que quería. Me repitió que un buen pollazo en la frente. Le dije que me tocara el paquete. Se separó con un manotazo y me dijo que el pollazo no se lo podía dar mi polla, que yo era un amigo, que necesitaba una polla distinta.

Elena no es lo que usted quizá considerase una mujer guapa. Para mí es una mujer muy guapa. Ya ve que usted y yo podemos no pensar lo mismo.

¿Una polla distinta? Qué más da, todas las pollas son iguales.

Elena no se ríe desde el pecho, se ríe desde la garganta, y sus carcajadas comienzan en el grave y van subiendo poco a poco hacia el agudo. Se ríe como las niñas muy pequeñas, pero con voz de mujer.

Y una polla van a ser todas las pollas iguales.

Decía que me habló de Sheila, una hermana de una amiga que la había tomado a ella como hermana mayor vicaria. A la hermana de verdad esto le importaba un bledo, y no era extraño conociendo a Sheila. Eso lo supe después.

Sheila se había enamorado, o algo así, de uno de sus profesores, el de derecho romano. Me resultó curioso que tal asignatura tuviese como portavoz a un hombre deseable. Es que está muy bien, me dijo Elena, lo he visto en foto. Una foto que Sheila le había robado y que llegué a conocer. Un primerísimo plano completamente indiscifrable de un rostro femenino con una larga cabellera suelta y detrás él, en otra cosa y con los ojos mirando al suelo. Un lindo flequillo que volaba en curva sobre su frente y que parecía no pesar. Las entradas justas. Un afeitado impecable. Una camisa divina. Sin corbata.

Un prototipo de hombre. Un prototipo.

¿Éste es el elegido? Vaya pimpollo.

No, no, está muy bien. Mira, yo pasaría de un tío así, pero de verdad que tiene un punto, está muy bien.

Joder, las tías estáis como cabras. Así os va.

Así le iba a Sheila.

Elena concertó un rendez-vous à trois. Sheila solía estar en Soria casi todos los fines de semana. Por lo visto Elena le había comido el tarro hasta el límite, repitiéndole que yo era un tipo la mar de interesante y



todo eso. Elena esperaba que yo entrase en la conversación con botas y piolet, pero no me apeteció o no tenía la tarde.

¿Eres traductor?

Sí, aunque no sé cómo suena eso de eres. Ser, ser.

Qué trabajo tan increíble. Qué fascinante.

Sheila me pidió una lista de diez buenos libros para leer ese año. Le apunté de memoria la lista de los diez últimos libros que yo había traducido. El ejercicio me sirvió para hacer trabajar mi cabeza: me resulta difícil acordarme de otros títulos que no sean los originales. Sheila no pasó a mi cama desde la cama del otro. Sheila se quedó en la cama del otro. Me explicaré mejor: Sheila se quedó en la cama imaginada del otro, el pimpollo de la camisa blanca sin corbata. Pasaron los meses y Sheila llegó a poder ver a ese profesor en la propia casa del profesor, algo denodado. El profesor debía de ser idiota, impotente o gay, porque no se lanzó. Descarto que

tuviese escrúpulos. No sería normal en un romano.

¿Pero está soltero de verdad?

Soltero.

¿Ni separado ni nada?

No, no, está soltero.

¿Y no estará Sheila mal enterada?

Sheila podrá estar ida, tío, pero no es gilipollas.

¿Y el pollo no la ataca?

El pollo no se entera de nada, para que veas lo chorras que son algunos profesores de universidad.

Todos.

Si tú lo dices.

Elena se descojonaba sin dejar de tener por Sheila un cariño cierto, y sin dejar de velar por ella. Una actitud admirable. Yo, más pobre, me descojonaba menos y no llegaba a sentir afecto por Sheila. Me pareció una



de las mujeres más bellas que he tenido delante nunca. Hice esfuerzos intelectuales por ecualizar mis sentidos e impedir que el oído o la vista echasen a perder mi apariencia respetable. Los labios, los dientes, los ojos, la nariz, todo jodidamente perfecto. Y al levantarse, ese prodigio de volumen femenino ocupando el espacio y haciendo vibrar los cimientos del mundo. Esas líneas, contra el fondo muerto, que jamás han podido formular los matemáticos. Ese calor que se presiente incluso con las ropas gruesas del invierno. Ese olor que es antiguo como el olor del ámbar antes de ser ámbar, como el olor de los helechos que han estado siempre.

Usted no es respetable si piensa que a mí me excita físicamente una mujer así. Usted no es respetable si piensa que yo tengo una erección ante una mujer así. Usted no es respetable porque no entiende nada, no entiende nada porque ante una mujer así uno simplemente tiembla.

Sheila no sabe que es infinitamente guapa.

Anteayer, por teléfono, Elena me ha dicho que ha vuelto a estar con ella. Han pasado dos años desde aquello, yo no la he vuelto a ver. Elena no sabe, o no me ha querido decir, si Sheila sigue siendo virgen. Ésas son mis preguntas de obseso. Estaba escandalizada.

¿Puedes creer que se ha puesto rastas?

¿Rastas? Joder, hace mucho que se murió Bob Marley. ¿Y algún tatuaje? ¿Algún piercing notable?

Rastas, tío.

Vaya. Aparte de pasado de moda, no le pega nada.

Eso digo yo, pero ella dice que se está buscando.

Joder, Elena, ¿recuerdas aquello del pollazo en la frente? ¿No necesitará Sheila un buen pollazo en la frente en vez de buscarse tanto?

Eso seguro, pero deja de pensar en lo mismo, que las mujeres tenemos otros pitos que tocar.

Ya, me estás dando la razón.

Sí, pero ella se está buscando, joder.

Entonces, ¿qué te parece lo de las rastas? ¿Me das la razón?

Yo no tengo ni puta idea de música. En el colegio aprendí tres o cuatro acordes con la guitarra y recuerdo que tocaba The boxer, de Simon & Garfunkel, y cantaba sin entender bien la letra. Si yo tocase la guitarra de puta madre y supiese hacer una canción, le haría una a Sheila. No le quepa a usted duda. Porque Sheila es una de las chicas de las canciones y yo la conozco. Y conozco a muchas otras.

Conozco de verdad a las chicas de las canciones. ■



## OCIONES

JORGE  
MINGO

■ La guerra de nuestros padres fue más pública que secreta, pero a sus descendientes los detalles nos llegaban con cuentagotas, las décadas habían corrido velos púdicos entre los sucesos, ahora no me acuerdo, otro día Julián, no sé si merece la pena hablar de ello, las evasivas confundidas con los pasteles de nata de mi madre, un silencio, a veces una caricatura de la mudez, envolvía cualquier anómala mención al tema. El que más sabía era el abuelo, cómo no, la autoridad con su cachava, la boina zurcida con una aguja decimonónica, un bizqueo ante el brinco de las zagalas por la vereda, míralas, hijo, son como avutardas pero sin el como, una purificación embonada en su rostro de anciano, los dedos trémulos al rememorar los avatares de la juventud, la madurez invertida en hachear el monte, los bíceps de monstruo. Tú no te inquietes por esas cosas, son antiguas, mírame a mí, las ingles machacadas por los troncos, una pericia en los hábitos, el cigarrillo liado ubicuo, una pesadez al digerir, mastica con delicadeza, eso es lo importante, el olor de las virutas mariposeaba en el aire, una luz apagada, llena de fósiles, hendía su poderío por doquier, las vacas de un prado contiguo mugían para engordar la avidez de la paz. Solíamos pasear por la laderas de la montaña que sombreaba el caserío, las hayas pro-



porcionaban un ambiente inigualable a los hálitos, el murmullo del arroyo en los tímpanos, alguna trucha pizpireta estrellada contra las lanchas del cauce para frezar, un coro de perdices entonaba el vuelo para ponerse a salvo de los bípedos, el ajeo de quien huye despavorido, así éramos entonces. Una confesión escasa, un nosotros escondido en la profundidad de la elipsis, ¿quiénes? ¿cuántos? ¿dónde? ¿por qué?, una recua de interrogaciones se agolpaba en la precariedad de mi sabiduría, los iris estupefactos por la reflexión, los suyos ansiosos, acaso prestos para un viaje al pasado, veamos, un esquema pardusco para situar las trochas, las ramas rotas, las torceduras de

tobillo, la sed espesa de un grupo de hombres aterrados.

Tu padre fue uno de ellos, y la balanza del bien se inclinaba a favor de la familia, un rumor endiosado en sus párpados, mis sospechas acendradas, quizás el extremo de una biografía fantasmagórica.

En el treinta y seis nadie pensaba en la venganza, sólo algunos se enfervorizaban en el púlpito para atracar las conciencias débiles, un cura con cara de sapo de las espuelas vaticinaba horrores, hermanos, estamos aquí reunidos, la hecatombe de la izquierda, los rojos irrespetuosos, un discurso incendiario en cada sermón, la rabia inyectada en su cuello de monaguillo zangolotino, las palabras del abuelo tronzadas en un barranco de mi corazón. Luego arribó el alzamiento de julio, los fascistas del pueblo se envalentonaron con una pistola al cinto, ese es republicano, ese votó por los otros, ese lo festejó, una lista de nombres conocidos, los que pudieron azuzaron el ingenio para obtener un salvoconducto, detrás de esa cordillera hierve Francia, el refugio de los deshonorados, las propiedades requisadas en aras del movimiento, la noche con sus miedos atravesaba cualquier atisbo de claridad. Mi mente se clavaba con tesón en cualquier promontorio de la sierra, allí imaginaba a mis tíos agazapados con la sutileza de los zorros, un debate acerca de la posibilidad real de escapar, es mejor entregarse, ni los sueños, una premonición en cada seso, el hambre agarrotaba las ideas, la suciedad encrespada en cada axila, el zumbido de una avioneta de reconocimiento, están ahí, una bomba patizamba, una explosión en cada oído para acabar el destierro. El humo de algunas casas nos incitaba a tornar, pero la realidad avanzaba con rapidez de corneja, así era hijo mío, aunque fuera su nieto me trataba con ese apelativo, una mixtura de ternura y decisión, sus pómulos enfrascados en la penumbra del odio simulado, un dejo de

ira en la descripción de cada moheda, allí, aquí, en aquellas cárcavas. Un ejército difuso se bosquejaba bajo el ardor de los registros, cualquier cuchitril podía servir para encubrir la consternación, los gritos de los facinerosos llovían en forma de panfletos, la rendición es vuestra única solución para salvar la vida, un jolgorio en cada plaza mayor, un cadalso para extender las mentiras del nuevo régimen, orden y decencia, los campanarios repicaban una melodía de insitas falacias. A medida que el relato iba consolidando sus cimientos mi estupor acrecía, en ningún momento se incluía a mi progenitor entre la escaramuza, un genio vagaba por el vacío a la espera de los fusiles, los cuervos avaros, la presunción de inocencia estrangulada en un establo desvencijado, la sinrazón esquinada, el espanto por encima de todo, los rabillos de los ojos desconfiados, unos ruidos toscos en la aldaba de las puertas. Aquella ausencia entre los perseguidos se convirtió en una transparencia obvia, la senectud que a mi vera narraba los acontecimientos se encendía con la prontitud enervada por la cólera, un resquemor envilecido por los hechos, una ráfaga de disparos al amanecer, la identidad enterrada en una fosa común, las desapariciones arrolladas en féretros anónimos, la traición agreste en el escozor de la lengua. Se hacía tarde, el crepúsculo tataba la canción del regreso, un ciempiés gusaneaba sobre una aulaga, me entretuve observando aquella transmisión perfecta, un engranaje divino, la hierba mullida recogería su cuerpo en caso necesario, el torbellino de mis dudas se enmarañaba cada vez más, una gruta en la memoria para anclar los recelos, cuatro retinas enfiladas hacia la sima cruel de la realidad.

Tu padre fue uno de ellos, y lo sepultado durante lustros resplandecía bajo el farol, el engruimiento coleaba en el pilón, un renacuajo a punto de ser rana, la confirmación silenciada, el hijo de un asesino. ■



# MIS GRANDES PREGUNTAS Y CÓMO LAS RESUELVE LA FILOSOFÍA

IES COMUNEROS DE CASTILLA. | HAIDAR NAJEM  
1º BACH. A, 2008/09 | GARCÍA DE VÍNUESA

■ Para empezar, creo que lo más adecuado es intentar expresar lo que yo entiendo por Filosofía. Pienso que la Filosofía es el conjunto de saberes que busca establecer, de manera racional, los principios más generales que organizan y orientan el conocimiento de la realidad, así como el sentido del obrar humano. Ahora que ya sabemos lo que es la Filosofía, podemos buscar en ella las respuestas a nuestras más grandes preguntas.

Una de mis grandes preguntas, y supongo que será la de muchas, muchísimas otras personas es: *¿Qué sentido tiene la existencia humana? ¿De dónde venimos?* Bueno, también muchas, muchísimas personas han opinado sobre el tema; por ejemplo, **Sartre**, célebre filósofo francés, opinaba que *“La existencia no es algo que se deje pensar desde lejos, es preciso que nos invada bruscamente”*. Para Sartre, el hombre es un proyecto que sólo existe en la medida en que se realiza: debe fijarse metas en su vida. Estoy de acuerdo con él: *al final de la vida, uno es lo que se ha labrado a lo largo de su existencia*, por eso creo que es cada persona la que, al final de su vida, debe decidir si su *existencia* ha tenido o no sentido.

Si buscamos puntos de vista diferentes acerca de lo que es el hombre, encontramos posturas enfrentadas. Según los pre-socráticos, el hombre es la combinación de los cuatro elementos (agua, tierra, aire y fuego), y por lo tanto se presenta un sistema cíclico de existencia. El hombre es naturaleza. Sin embargo, según el cristia-

nismo, los seres humanos (y el resto de seres vivos) existimos por capricho de un Dios todopoderoso, que a partir del barro originó la vida. Según el cristianismo, se presenta un sistema lineal de existencia: nacemos, vivimos y morimos. Yo, como filósofo principiante no puedo aceptar la existencia del mundo “porque sí”. Tras haber conocido la religión cristiana, y después de muchas reflexiones, haber decidido alejarme de ella, llegué a la conclusión de que hay algo o alguien, Dios o no, que nos ha puesto en la Tierra con un objetivo. Para mí, ese objetivo, nuestro objetivo, es desvelar el misterio de nuestra existencia. Otra de mis preguntas, aparentemente sin respuesta es: *¿Por qué el ser humano tiende a destruirse a sí mismo?* Para mí, esta cuestión está al orden del día: tanto en aspectos sociales y éticos (mala educación, egoísmo, individualismo, discriminación...), políticos (dictaduras, degradación del sistema democrático, corrupción...), económicos (globalización negativa, diferencia de clases, sobreexplotación de países del Tercer Mundo, crisis...), bélicos (aquellas absurdas guerras mundiales, guerrillas, guerras civiles, imperialismo...) y hasta medioambientales (contaminación, derroche descomunal de recursos naturales...). Si analizamos la historia del ser humano, veremos que el animal racional se ha intentado destruir a sí mismo en cualquiera de los aspectos anteriores. ¿Quién no se acuerda de las Guerras Mundiales? ¿y del imperialismo de los siglos XIX y XX? ¿y de la crisis económica que arrastró al

hemisferio norte a la ruina en 1929? ¿y de los sistemas autoritarios, presentes aún en algunos países? ¿y de la actual crisis económica? Entre todos podríamos elaborar una lista enorme de preguntas de este tipo, y al buscar las respuestas diríamos: el ser humano es el animal más idiota y más patético que existe. Claro está, tampoco podemos generalizar. Acuérdense de Gandhi, de la Madre Teresa de Calcuta, de Oskar Schindler, del Papa Juan Pablo II... Entonces, ¿por qué existe la maldad en el mundo frente a la bondad de estas personas? Según el amigo Rousseau, "el hombre es bueno por naturaleza, pero a medida que crece, la sociedad que le rodea le vuelve malo". En muchos casos lo que afirma Rousseau se cumple, sobre todo en la actual sociedad, tan mediatizada por la globalización. No obstante, hay excepciones. Personas que han nacido y crecido en un ambiente de valores humanos han terminado por convertirse en seres malvados y corruptos y viceversa. No se puede generalizar ("cosa" que tanto gusta en el s. XXI, ¿verdad?). Pero no pensemos que esta autodestrucción es un hecho reciente. No. Leí en un libro una frase dicha por un sabio griego que me llamó la atención: "*¿Os dais cuenta? Los jóvenes ya no se ponen en pie cuando un anciano entra en una estancia del hogar*". ¡Atención! Esta cita fue recogida hacia el siglo IV antes de Cristo.

¿Acaso la evolución humana es contradictoria? ¿Se autodestruirá el hombre en un futuro no muy lejano? ¿Qué hay entonces del objetivo de desvelar el misterio de nuestra existencia? ¿Preferimos extinguirnos antes de conocer nuestra procedencia? ¿Acaso somos tan necios los seres humanos?

Todos sabemos, gracias a las clases de historia, que los grandes imperios han

tenido, a grosso modo, tres etapas: creación-desarrollo, máximo esplendor, decadencia-destrucción. ¿Por qué? Porque, desde mi punto de vista, la especie humana no es, ni mucho menos, perfecta, a pesar de la larga evolución que llevamos a nuestras espaldas. Cuando deseamos algo, luchamos por ello. Ese algo nos motiva a vivir y explotar recursos. Cuando lo alcanzamos, nos relajamos hasta el punto en que no sabemos qué hacer. Es el caso de muchos de los inventos del hombre. La política, por ejemplo, tan necesaria para mantener un orden. Cuando este orden se alcanza, la clase política se relaja, pero la población se mantiene en tensión y cuando salta una chispa, estalla la guerra y entonces lo único que sirve son aquellas armas que nadie sabe para qué fin concreto se inventaron. Cuanto más evolucionamos (o simplemente, avanzamos en el tiempo) mayor es el número de armas, virus y diversas formas que vamos creando para destruir la vida. Lo tenemos todo, pero no tenemos nada. Somos confiados, débiles, frágiles, insignificantes.

Para terminar me gustaría aclarar que la Filosofía no resuelve directamente mis grandes preguntas. En cambio, me sirve para aprender a pensar y a reflexionar, a extrapolar mis conocimientos, para que en el futuro sea capaz de responder con coherencia mis preguntas, y quién sabe, tal vez las de otras personas. Además, actualmente, el estudio de la Filosofía ha despertado en mí la curiosidad por las cosas aparentemente más comunes. Ha motivado en mí la necesidad de pensar, razonar, reflexionar, preguntar. No es algo complicado, puesto que puedo adoptar la postura de un filósofo o de otro o basarme en filosofías ya existentes para crear la mía propia. ■



# ABSURDOS VITALES

Luis Carlos  
Blanco

■ Es sabido que mi amigo Vasilio con Uve me narra aspectos de su vida, de los que me aprovecho para aventarlos sin censura, aunque algunas veces, he de reconocerlo, violo mi palabra dada de mantenerlos en secreto hasta la próxima desclasificación de papeles del FDIM (Fondo de Ilusiones Mundiales)

Entonces mi camarada se enfada, sólo hasta la hora de comer, y me niega su invitación al chute de café mañanero, momento cumbre, animado por la cafeína, para que me suelte sus prendas.

Así, para sosegarle el corazón de la discordia, porque tiene dos músculos insufladores de sentimientos (concordantes y discordantes), he decidido prestarle mi pluma para que escriba al aire de su primera persona.

–Ten, moja el plumín en el tintero, y comienza tu relato... ¡Condenado resentido!

–Comienzo... ¡Aplicado traidor! –me acepta la sugerencia y escribe.

Aquí estoy, esperando para declarar con la expectativa de salir absuelto. Y, a pesar de comparecer voluntario, no le queda más alternativa a mi voz que sentirse esposada.



La maquina registradora de códigos, a la vez que expendedora de ordinativos para dar buen tránsito a los números que somos socialmente, me ha concedido el lúbrico guarismo sesenta y nueve, dígito difícil de trabucar le des las vueltas que le des en cualquiera de los sentidos y direcciones; otro burro rebuznara si fuera, por ejemplo, el numeral sesenta y uno, ya que con medio kilo de astucia y ciento ochenta grados de giro, lo podríamos convertir, o hacer ver en él, la cifra diecinueve. Mal trucaje éste, coño, porque acaban de señalar en la pantalla el turno veinte con des-

tino a la ventanilla dieciocho asiento segundo.

En fin, que esta espera, además de acunar el móvil indigno de declarar intimidades inconfesables, me inmoviliza en la tesitura, imaginemos, de equipararme a un cliente de pescadería deseoso de que la pescadera señale el guarismo sesenta y nueve. Entonces, por llevar la tendencia que la clientela sigue, solicitarás un par de chicharros, ya que parecen estar vivos. Pero la Pescadera, que no esperaba tal número, sino que confiaba en cazar al pardillo que lo tuviese, va y te quiere vender, asegurándote buen precio, aquella merluza que tiene apartada para “los amigos”, gran ejemplar, por cierto, pero con la carne flácida y ojos de cristal. Y tú, que no entiendes de cristales, caerás

en la trampa y te llevarás el muerto sin enterrar. Eso sí: te preguntará si quieres el pez envuelto en papel divino o lo protege con envoltura ecológica, no por esto insocial.

Mas tornemos al principio del cuento, o sea, el honrado principio de declarar, que las lenguas abultadas no digan que estamos perdiendo principios.

El turno sesenta y siete ya parpadea en la pizarra electrónica. Nadie se mueve, y una voz invisible remarca la contraseña por ver si la próxima o el inmediato a ser indagado se agita en asiento que lo acoge, tanto a él como a sus incertidumbres.

La mujer aladaña a mi derecha me mira con gesto interrogativo, especie de mueca

que, recalcada por la rubicundez de su rostro, semeja la pregunta de un inspector disfrazado de declarante, igual, más o menos, de declarante que yo.

No le contesto ni le sugiero aclaración, aunque entiendo que ella quiere avivar la circulación de fichados para declarar cuanto antes y salir culpable o inocente, pero al menos salir; así que me instiga para que le enseñe mi número. Le digo que no me corresponde el que baila en la pantalla y le enseño el que tengo, o sea, el sesenta y nueve. Ella se sonroja y no descubro la razón, pero la sospecho aunque no la narro, así que le pido disculpas por si tal cifra le recuerda hechos vergonzosos, y le subrayo que todo





ha sido consecuencia de la maquineta, el botón pulsado y la decisión final del azar. La mujer, que descubre y me hace ver que ambos estamos equivocando nuestras interpretaciones, me enseña su papelito con el turno setenta. Le digo que es muy bonito y sobre todo redondo, igual que un comienzo de década. Me dice que prefiere la movida madrileña de los ochenta.

Yo, que soy de la era jipi, le enseño una foto de Joan Báez.

Ella me descubre su amor secreto: una foto de Loquillo con tupé plano, o sea, antes de ser troglodita con electroencefalograma modelo unicornio.

El caso es que mi cantautora protesta y su cantante de luto sufren un flechazo, de amor, de veneno, o venenoso amorfo,

habrá que verlo. Tan rápida atracción entre nuestros personajes me parece cosa extraña porque mi Joan, desgarradora Joan, muestra su retrato en color, aunque ajado por estar tanto tiempo junto a mi corazón y los sudores de mis axilas. Y la foto de su ido, venido a cuerdo, semeja un cura sin bonete y recién salido, vestido de negro, de la negra trena.

Ambos adquirimos confianza de asiento y nos metemos en harina, la de loar o deshonrar a nuestros ídolos.

Tarareamos sus canciones entre los chístelos, chístelos, de la gente que se sorprende de nuestra alegría frente a la seria fiscalidad que

nos espera; pero nosotros, en defensa de nuestra actitud, insistimos en que no nos moverán, que a pesar de todos los lutos hay que reír, porque la risa desarma a todos los dioses y sus demonios, y que nuestro deseo es desarmar, que para morir no hay que matar y ya moriremos desarmados, igual que nacemos descalzos. Por esto nos extraña, y reímos de nuevo, al ver tanto afán por morir con las botas puestas o quitadas... ¿Y si te coge en chancletas, qué? ¿Le dices a la defunción que espere a que declares?

No creo que ella, la muerte, tolere una espera mientras te pones las botas. Y en cuanto a lo de declarar te ofrecerá un viático que, en resumidas cuentas, también es una declaración, reconocimiento tal vez confuso, dadas las circunstancias, pero



válido para el archivo, ya sea a la diestra o siniestra del archivero.

En fin, ella, la del número setenta, y yo, andamos tan enfrascados en nuestro delirio que cuando queremos darnos cuenta del salto de dígitos, los declarantes van por el turno noventa; lo cual, paso de un tiempo inadvertido, semejante al hecho de creer que desconociendo una ley te exime de responder ante ella, quisimos escapar del declaratorio sin mirar para que no nos vieran. Pero la pantalla, que no sólo refleja los números acompañados de una voz invisible, sino que ésta, a pesar de su invisibilidad, conoce todos nuestros datos, incluso los colores de nuestra ropa interior, interrumpe nuestra huida con insistente recochineo:

—¿Dónde se creen que van..., don Vasilio con Uve y doña Asunción Sasamón? ¿No esperaban para declarar de signo voluntario?

Así me enteré que la mujer poseedora del número setenta, con nombre y apellidos tan rimados, es tan rara o más que yo, y encima natural de Úrbel del Castillo. Únicamente me falta discernir si es o no la bruja de una de las torres.

Ambos nos enfrentamos a la pantalla y a su ironía; y donde nos creíamos atemorizados nos salió la protesta de nuestros personajes, al unísono, como concierto firmado:

—¡Pues sí! —gritamos, y continuamos sosegadamente—. Nos declaramos insumisos a contribuir con los gastos para armamento.

Y en ese panfleto, donde dice que optemos por lo divino o social, nos sobra lo divino porque la Hacienda Pública no ha de ser un cepillo para ningún tipo de confesión religiosa, valga nuestro sincero respeto para todas ellas y su autofinanciación. Nuestra declaración va a favor de que, partiendo de un justo reparto social, se potencie el desarrollo de los pueblos. Y cómo no: que la riqueza patrimonial partida de las anteriores confesiones, la mantengamos para disfrutar libremente de su belleza, lograda, sin duda, a razón de muchas carencias básicas durante pasados siglos.

A los de Hacienda no les quedó más razón que la de quitarnos las esposas y dejarnos marchar, como dejan marchar a los ingenuos.

Doña Asunción Sasamón y yo decidimos celebrar el encuentro.

Compramos unas aceitunas en el mercado norte y nos fuimos al Patillas; pedimos unos botellines de cerveza al Amando, pues ya sabíamos que si pedíamos café nos iba a mandar a tomar los céfiros, y nos entretuvimos, entre aceituna y sorbo, moviendo nuestros cuerpos a los sonos de una guitarra que exhalaba acordes de tango.

Nos despedimos con la idea de celebrar una merienda de cuchara y mantel a la ribera del río Úrbel.

Luis Carlos Blanco Izquierdo, amigo de Vasilio con Uve, no se hace responsable de lo que éste haya escrito con la pluma y tinta de aquél. ■

# NIDO DE URRACA

Rocío  
DE JUAN

■ -¡iiiiiiiMigueeeeeeeeeeeeeeeé!!!!!!!

Quien así gritaba era la tía Belén, que gastaba un vozarrón impresionante para su menuda figura y un genio que pocos podían hacer frente.

El niño, de diez años, hizo su aparición en la puerta de la cocina, dispuesto a someterse a la nueva regañina de su tía.

-¿Cuántas veces tengo que decirte que no toques nada de lo que tengo en la cocina? ¡Cuando quiero una cosa no la encuentro! A ver... ¿dónde has puesto el termómetro?

-No lo he cogido, tía Belén -dijo Miguel con un hilillo de voz.

-Pues si no has sido tú... ¡a ver de quién es la culpa! ¿O me vas a decir que lo cogió un pájaro y salió volando con él por la ventana?

Miguel enrojeció ante la mención del pájaro, y volvió a sacudir la cabeza.

-De verdad que no he sido yo...

Se oyó la voz del tío Fabián, que trabajaba en el huerto, cerca de la ventana abierta de la cocina:

-Deja al chico, Belén. Si dice que no lo cogió, tendrás que creerle. Miguel no es un niño mentiroso.

Anda, Miguel, ven aquí a ayudarme a apartar estas piedras.

Con una última mirada insegura a su tía, el niño corrió obediente y agradecido hacia el huerto. Lo cierto es que quería mucho a ambos, al tío Fabián y a la tía Belén, que le habían criado desde que se quedó huérfano, cinco años atrás. Y le dolía no poder sincerarse del todo con ellos, pero ¿qué pensarían de sus sueños? A lo peor creían que estaba loco y lo mandaban a un reformatorio de esos.



Porque Miguel *sabía* qué había sucedido con el termómetro: era cierto que se lo había llevado un pájaro. Él lo había soñado. Aún más, *lo había vivido*. Es como si estuviese *dentro* del ave ladrona. Había compartido todas las emociones de ésta: la atracción por el brillo que el sol arrancaba al cristal del termómetro, el breve revoloteo hasta la mesa de la cocina donde reposaba el objeto, los breves saltitos acercándose a él, la sensación de aferrarlo con el pico, y luego la huida por la ventana abierta, con el panorama despejado de humanos, sólo dos cuervos negros posados en la valla del huerto que le graznaron, saludándole. También había experimentado la llegada al nido, en uno de los árboles del bosquecillo vecino a la finca de sus tíos. Había contemplado el interior del nido y dejado caer allí el termómetro, al lado de otros objetos que él reconocía perfectamente y que también habían ido desapareciendo de la casa.

Miguel sólo tenía un modo de comprobar si su sueño-visión se correspondía con la realidad. Después de ayudar a su tío Fabián, se escabulló un momento y tomó el camino que con tanta nitidez había sobrevolado con la mente. No tardó en localizar el árbol y el nido, y con la destreza de sus diez años se encaramó a las ramas. No supo si alegrarse cuando contempló el nido tal y como lo recordaba de su sueño. Resignado, rescató los objetos que allí estaban y volvió a casa. No vio a sus tíos al atravesar el huerto, pero sí a dos cuervos negros que reconoció y saludó con la mano.

Dejó encima de la mesa de la cocina el botín rescatado y dispuso su ánimo para contar la extraña historia a sus tíos. Ensayó una breve frase introductoria: “Tía Belén, Tío Fabián, ya sé que esto puede pareceros increíble pero os aseguro que lo que voy a contaros es verdad...”

Respiró hondo y les llamó, resignado a lo que vendría después.

—¡Tía Belén! ¡Tío Fabián!

En el huerto, los dos cuervos negros adoptaron nuevamente su figura humana.

—Te dije que había sido él —le dijo la tía Belén a su marido—. Él era la urraca que vimos salir por la ventana.

—Ya, mujer, pero me parece que Miguel aún no se ha dado cuenta de su condición. Lo que hizo, lo hizo sin querer.

—¡Una urraca! —bufó ella—. Siempre dije que mi hermana era tonta, pero nunca imaginé que *tan* tonta. Mira que equivocarse de hombre-pájaro y casarse con una urraca...

—Bueno, bueno —dijo el tío Fabián esbozando una sonrisa pícaro—, al menos no fue un flamenco, imagina los comentarios del pueblo si vieran semejante pájaro rondando por aquí.

—Y ahora, ¿cómo se lo decimos? —se preocupó entonces la tía Belén.

—Lo mejor es ir preparándole poco a poco, para que no se asuste —dijo su marido—.

Quizá le podríamos decir algo así:

“Miguel, ya sabemos que esto puede parecerse increíble pero te aseguramos que lo que vamos a contarte es verdad...” ■



## ¿DONDE ESTÁ EL POEMA?

ENRIQUE  
ANGULO

Antes de escribirse  
¿dónde está el poema,  
por qué escaleras sube  
hasta el desván umbrío  
de nuestra cabeza?

¿Qué selvas atraviesa,  
mientras sombras de sueños  
iluminan sus ojos?

¿En qué parte  
de nuestro cerebro  
están las palabras  
que luego pondremos  
unas junto a otras?

¿Cómo irá hilando  
la araña poética  
su tela entre ramas  
de ilusiones ajenas?

¿Quién ha visto a su musa  
susurrarle un vocablo,  
elegir los sonidos  
de un solo verso,  
buscar asonancias,  
pulir las cadencias,  
asomarse a la puerta,  
y con una sonrisa decir:  
está lista la pieza?

## LA BACANAL

MARÍA  
MAZO

Cuando la luz levante la cortina oscura  
veréis al cuervo devorar los despojos grasientos  
y al perro lamer la uva fermentada.

Antes que el ángel turiferario purifique el aire  
y retorne el espíritu por la chimenea del humo  
veréis a Baco laureado.

Mirad sin pudor los restos de la orgía  
en cuerpos retorcidos y embotados.  
Mirad sin pudor  
no notarán que estáis observando.

Ante tanta desnudez profana  
única responsable de su moral estética  
recordad el nombre de Paculla Antonia  
para que nadie acuse a Eva de todos los pecados.

Plaza de San Juan

Nº 40

Septiembre de 2009



**Junta de  
Castilla y León**



**Biblioteca Pública  
de Burgos**

C/ Valladolid, 3 • 09002 Burgos  
<http://bibliotecaspublicas.es/burgos/index.jsp>

**DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA:**  
Carmen Monje Maté

**EQUIPO DE REDACCIÓN:**

Fernando Ortega  
Isabel Oceja  
José M<sup>a</sup> Izarra  
M<sup>a</sup> Luisa Mintegui  
Mireya García  
M<sup>a</sup> José Rojo  
Carmen Díaz

**DEPÓSITO LEGAL:** BU 661-1998

**DISEÑO Y MAQUETACIÓN:**

**Edibur** Telf: 947 244 448